



Era el mes de Nisan. La primavera despliega su manto constelado de rosas. Florecen a porfía los rosales de Jericó, pimpan pollean los cedros del Líbano y las palmeras de Cades. Sobre la fronda de verdes socomoros trinan ruiseñores y oropéndolas.

Sobre el trono granítico de Sión se yergue altiva la ciudad de Yahve: Jerusalen.

En un amplio salón, bien adornado, sabiendo ya que eran las últimas horas de su vida en la tierra, Jesús, en compañía de sus discípulos, se dispone a celebrar la Pascua. Horas de tristeza y de amargura, de protocolo y ritual judío, de recuerdo, de testamento y de esperanzas redentoras.

Un cordero bien asado y lechugas amargas.

Se escancia el vino en las copas, que se toman de un sorbo. El pan acompaña el banquete.

El corazón de Cristo rebosa ternura y tristeza. Terminada la cena toma el pan en sus manos y levantando los ojos al cielo, luego de dar gracias al Padre, se lo reparte a sus discípulos mientras les dice: "Tomad y comed ésto; es mi cuerpo", y tomando la copa llena de vino: "ésta es mi sangre que se va a derramar por todos los pecados".

Es Jesús en estos momentos el primer pregonero en el Corpus más universal de la tierra.

Pregón divino que encontró las más vigorosas resonancias en la mística española y en el arte de los autos sacramentales, que un arpista castellano acertó a versificar de esta guisa:

"venid, pues, a esta cena los hambrientos,  
los sedientos de amor, los que en la noche  
tendéis los brazos, los abiertos brazos,  
como Cristo en la Cruz, los que en tinieblas  
apetecéis el sol; los que entre hierros,



sentís, en los presidios de la carne,  
 pujos de libertad; vidas trasnochadas,  
 como tallos de flores; ojos dulces  
 y tristes, hechos a mirar las cosas  
 a través de las lágrimas; deseos  
 puros, heroicos, entrañables; frentes  
 coronadas de espinas, corazones  
 enfermos de belleza y de ternura,  
 de soledad y compasión; hermanos,  
 comed, bebed; éste es el pan y el vino  
 de la inmortalidad y de la gloria.

Y Toledo ha conocido esa gloria que no muere, y se re-  
 nueva en el arte y en la historia año tras año en la explosión  
 más grandiosa de esaltación eucarística.

Ya desde el amanecer del Corpús, dianas y morteros -  
 anuncian el día. Toledo se viste de fiesta. Como novia se ata-  
 vía para recibir al Esposo, se cubre de toldos, y tapices que -  
 acarician los muros de su catedral. Los mantones y las colchas  
 engalanan ventanales, ajimeces y celosias.

Pero lo más típico de su ornato radica en el agudo y  
 penetrante perfume que baña a la Ciudad. Huele a fresa y a tomillo,  
 a cantueso, a mejorana y a hiervabuena, traída de los cigarrales  
 que cantara Tirso de Molina. Es un perfume que se pisa,  
 que se esparce, y que embriaga. Ese olor, que hiera al olfato,  
 es el señuelo ténue que la ciudad ensaya para que el visitante  
 la conozca y se quede. Y el visitante callejea y callejea atraído  
 por el misterio de sus calles, su limpio cielo azul, su olor  
 a tomillo, a romero y a incienso.

Puerta Llana y cuesta abajo, la Posada de la Hermandad  
 donde pensamos en ballesteros y colmeneros monteños, el Teatro  
 de Rojas, las Tornerías, donde se agrupaga el gremio de los tor-  
 neros; la paradógica calle Ancha, estrecha de verdad, donde se  
 agolpa la multitud; Zocodover, espléndida, ruidosa, alegre y --  
 arrebatada de color. Un cristo clavado en la cruz preside la -



plaza sobre el arco llamado de la Sangre, testigo siempre de ejecuciones y festejos. La calle de Alfileritos aquella en que vivió Moreto el que cantara a lo divino en sus autos sacramentales.

Y el arco de Palacio todo cubierto por el enorme palio de los toldos, que allá, en el siglo XVI, costearan los lenceros toledanos, y que cada año se renuevan con la justa algarabía de los niños y mayores que hizo cantar a un poeta toledano:

¡Madre, ya han puesto los toldos!  
ya está mi calle entoldada,  
y desde la catedral  
suben por la calle Ancha  
sus remiendos, en discordia  
con la luz de la mañana.

Tiene Toledo encantos indecibles. Ninguno tal vez de tan honda emoción como el momento de la procesión.

El Tajo, espejo de sus bellezas y encanto de sus glorias, que a través de los siglos la reflejó en el cristal de sus aguas, con los atavíos de patricia romana, de princesa visigoda, de sultana árabe, de reina de Castilla, la refleja el día del Cropús como virgen cristiana arrobada en sus místicos amores.

Las lenguas de bronce de la "Cives Toletana" pregonan la salida del Señor de los señores. Los órganos de la Catedral primada, el Verdalonga, el Echevarria, el del Emperador, en competitivo concierto, lanzan al aire sus mayestáticas notas.

Por la puerta Llana sale el "Sol de la gloria, el Amor de los Amores, vestido de pan, de quien dijo Valdivieso:

"Aunque vas disfrazado,  
galán divino  
en lo mucho que has dado  
te han conocido".

Y sale majestuoso y humilde en esa joya sin par, la custodia de Arfe: Un almiar de plata sobredorada que excede la altura de un hombre; en su interior un ostensorio que realizó -



España con el oro puro de las tierras vírgenes de América. "La descomunal joya del mundo", en frase de Galdós; "Lisonja de los aires", la llama Luis de Góngora. Dos metros y medio de altura. 18 Kilos de oro y 183 de plata, 5.600 piezas ajustadas con 12.500 tornillos.

El cardenal Cisneros en 1517 la encarga a Enrique de Arfe, pero no andan lejos Copín de Holanda y Juan de Borgoña.

Presenta el conjunto el aspecto de una maravillosa torre gótica de líneas vibrantes, cuajada de agujas, pináculos y pequeñas estatuillas bajo doseletes. Sobre una base exagonal se levantan robustos pilares que cierran en pequeñas bóvedas de crucería, con sus arbotantes, repujados y filigranas, en empinados pináculos y vistosos esmaltes, que nos hacen admirar, tanto el conjunto, como el detalle.

La cruz que remata la custodia es obra del platero Lainez. Tiene tres onzas de oro, ochenta y seis perlas y cuatro esmeraldas.

Y marcha triunfal el cortejo con timbaleros y clarines, estandartes y banderas. El pendón de los hortelanos, Capítulos de Investigadores, Infanzones de Illescas, Santo Sepulcro y Caballeros del Corpús Christi, dan paso al momento solemne. El --chupinazo esperado por todos los toledanos indica el momento de salida de la custodia.

Nadie mejor ha cantado este momento que Clemente Palencia:

"Hora exacta de Dios en la blancura  
del nardo y de la rosa, en la mañana;  
se adelgaza en sonidos la campana;  
es el aire tapiz y colgadura.

El incienso se mece en la espesura  
que perfila la calle toledana,  
con gozo de clavel en la ventana  
y con palio de toldos por la altura.



La custodia se acerca, sostenida  
por nostalgias de nube o de palmera;  
oro y luz en sus torres verticales.

Y se postra ante Dios, estremecida,  
la piedad y la fe de España entera,  
bajo el peso de glorias imperiales.

Colegio de Infantes de Nuestra Señora, ataviados con  
albas y becas de colegiales. Sus escolanos emiten los más vibrantes  
cantos eucarísticos.

Y después el Seminario Mayor de S. Ildefonso, el de --  
Santo Tomás de Villanueva, el de Santa Leocadia, el de Consuegra  
y Olias del Rey, dando el tono de respeto y piedad.

El clero regular hace su aparición en variopintas vesti  
mentas. Cistercienses y dominicos de albo hábito, franciscanos  
y carmelitas con pardo y pobre sayal, ensotanados jesuitas  
de austero semblante, clero parroquial...

En medio de todos la Santa Caridad: Verde atavio y --  
cruz gótica con hacheros. De 1085 data su fundación para asistencia  
de ajusticiados.

Capellanes de Reyes, y mozárabes. A la cabeza del clero  
catedralicio la cruz de D. Pedro Mendoza, el Gran Cardenal -  
de España.

Y el Cabildo Primado, con riquísimas capas pluviales  
bordadas en los talleres de Molero y de los Garcia Mustiel.

Quizá la nota más simpática de la procesión es el grupo  
de los pejecillos, otros los llaman arcángeles. 12 niños de  
corta edad con atuendo eminentemente dieciochesco, portadores -  
de cestitos con pétalos de rosa.

Una campanita de artentino sonido nos anuncia el paso  
del Señor.

Flanqueando la custodia dan escolta los cadetes de la  
Academia de Infantería.



El relucir de las desenfundadas bayonetas sacan destellos de plata. En las calles presentan armas para cubrir el paso del cortejo. Así lo romancea Angel Palomino:

Las entradas de mi calle  
ya no están abandonadas  
que las guardan los cadetes  
con bayoneta calada.

Las golondrinas dibujan  
flechazos de tinta cálida  
y estrenan de alero a alero,  
inéditas acrobacias  
buscando a Dios en el claro  
desierto de las terrazas.

Madre, ¿Qué cosa tan grande  
viste mi calle de gala?  
¿Por qué han crecido de pronto  
las bayonetas caladas?  
¿Por qué ese cadete rubio  
disciplina, nervio y alma  
tiene firmezas de hierro  
y ternuras de plegaria?  
¿Por qué cuesta arriba corre  
la voz de ¡Presenten armas!?

Y la catedral nos abre sus puertas, esa custodia hecha piedra que guarda permanentemente el cuerpo del Señor, bajo arquerías góticas sostenidas por recios pilares de granito.

En sus bóvedas resuenan los himnos tomasianos del "Tantum ergo". Carrillones y órganos compiten en acordes triunfales. Rasos, terciopelos; derroche de arte, liturgia e historia centrados en el solemne pontifical que precede a la procesión, y - en la bendición con la custodia. Toledo rebosa de gozo y de ventura. El pueblo prorrumpen en desmedidos aplausos.

Venid conmigo toledanos: recorramos las calles y las plazas de esta vieja ciudad que hacéis vosotros día a día, orgu-



llo de España y admiración del mundo.

Venid también los labradores de la rugosa Jara, los huertanos de las vegas del Alberche y del Tiétar, del Tajo y del Algodor.

Los de las crestas de Yébenes, los serranos de la Calderina, los de las estribaciones de Altamira.

Los que se afanan en las herrenales del Alfoz de la tierra de Talavera, de la Sagra, y de Pusa, de la Sisla o de los Montalbanes.

Los que laboran en los Montes de Toledo y los de las lagunas de la Mancha alta.

Aquellos que sueñan con la granazón de sus besanas en la Mesa de Ocaña o a la sombra del Corrocho de Rocigalgo.

Los que llegan de las yugadas de la oliva y del acebuche.

A vosotros labradores de las tierras de pan llevar o de los jugosos terruños de vino traer, cargados siempre de haces de espigas, pámpanos y racimos.

Y también vosotros los de otras regiones, de la geografía española, los de diversas latitudes de la tierra que llegáis a Toledo de allende los mares, para ofrecer el tributo de vuestro mensaje y vuestra pleitesía; a todos os digo: Venid conmigo, recorred sus calles y sus plazas. Con el amanecer del Corpus, nacerá un verano nuevo y las calles serán afluentes que en torrentera desparramen por toda la ciudad el caudal heredado y vivo de la gran orgía de los divino el día grande del Señor. Venid conmigo.

Toledo abre sus brazos para acogeros dentro del recinto castrense de sus murallas, para brindaros el hechizo de sus callejas, la magia de sus alminares, porque Toledo cada año languidece pero no se extingue, sino que revive y se reanima bajo el sutil palpito de la cultura universal. Señora de sí misma intercambia; ni imita ni se agota y da personalidad auténtica a to



do lo que nace en ella, bien sea una estrecha calle, un ilógico rincón o una casa con portada digna de ser una pieza de museo.

Pero si quieres conocer Toledo, vente en un día de -- Corpús.

Ardavín nos lo ha contado con el color del que viene a la fiesta:

"Para ver la catedral  
sólo a esta fiesta me quedo  
que tiene en Corpús, Toledo,  
un fausto pontifical.

Las calles han entoldado  
con palios de terciopelo,  
y está de flores el suelo,  
más que cubierto, alfombrado.

En las floridas ventanas  
las colgaduras ondean,  
y, en los mástiles flamean  
las banderas castellanas.

No hay casona sin guirnalda  
ni hay palacio sin pendón  
y es la pluma en el airón,  
mitad roja y mitad gualda.

En todo el Zocodover  
no se podría posar  
paloma, que a descansar,  
viniese al suelo a caer.

La multitud tan espera;  
el sol, tan vivo y ardiente;  
el rumor de tanta gente  
y el atambor, que no cesa;  
el arnés del caballero,  
que brilla como el cristal;  
la mula del escudero





y el asno del menestral;  
el mercado, los pregones,  
los vendedores de hebreas,  
las damas, que en hacaneas  
pasan con sus rodrigones;  
la doncella al Miradero,  
la dueña en el ajimez,  
y la precoz embriaguez  
del soldado forastero;  
el ruido de las campanas  
que no paran de tocar;  
las picas, las partesanas  
que relucen al pasarñ  
y tan confuso clamor,  
y tanto brillo de traje,  
tanto cortejo de pajes  
y tanta luz y color  
sólo en Italia y aquí  
pude verlos y, en verdad,  
bien merece esta ciudad  
ser vista en un día así.

Yo, que las he visto, puedo  
decir, honrando a las dos,  
que para alabar a Dios  
después de Roma, Toledo.

